

Gretchen Ellis, «Prophecy», en *Diccionario Bíblico Lexham*, ed. John D. Barry y Lazarus Wentz (Bellingham, WA: Lexham Press, 2014).

Profetas pre-exílicos. Los profetas anteriores al exilio incluyen a Isaías, Oseas, Amós, Nahum, Habacuc, Sofonías y Jeremías (también exílico). Estos profetas “preservaron antiguas tradiciones religiosas, las reinterpretaron para lograr un cambio social controlado y pronunciaron oráculos contra los enemigos de Israel” (Wilson, *Prophecy and Society*, 286). Se sabe poco sobre su vida o comportamiento personal, ya que el énfasis recae en sus mensajes. No estaban extasiados ni frenéticos, ni eran particularmente propensos a las visiones (excepto Jeremías).

Profetas exílicos y pos-exílicos. Con la caída de la monarquía davídica en 520 a.C., el modelo clásico de profecía israelita también cayó (Petersen, *Late Israelite Prophecy*). La profecía llegó a ser vista como una prerrogativa de un individuo inspirado específico (Is 63) o como un espíritu generalizado disponible para toda la comunidad religiosa (Joel 3). La profecía pos-exílica desarrolló un ímpetu claramente hacia el futuro, uno que ya no se preocupaba por el pasado ni siquiera por el presente sociopolítico, sino por la restauración escatológica prometida por Yahweh y la teofanía final (Petersen, *Late Israelite Prophecy*, 45). Los libros proféticos de los períodos exílico y pos-exílico incluyen:

- Abdías, escrito después de la caída de Jerusalén. Abdías pronunció oráculos contra Edom, una nación vecina que ayudó a los babilonios a saquear Israel en el siglo VI a.C.
- Hageo y Zacarías, profecías sobre la reconstrucción del templo en 520 a.C.
- Ezequiel, preocupado exclusivamente por la comunidad exiliada mientras se preparaba para la restauración prometida
- Jeremías, cuyas porciones del exilio (Jer 29–36) muestran temas similares a los de Ezequiel: el exilio como castigo por los pecados, una advertencia para aceptarlo con humildad y la restauración al final del período señalado
- Joel, que cita muchas obras proféticas anteriores y se preocupa por la restauración de Israel y del reino de Yahweh (Wilson *Prophecy and Society*, 289–90).
- Malaquías, que se centra en las prácticas religiosas corruptas y ofrece una dura crítica al establecimiento del templo.

Las profecías exílicas y posexílicas contienen más referencias a visiones que las anteriores al exilio. Se dice que Abdías, Zacarías y Ezequiel recibieron mensajes en visiones. Wilson señala que si bien la profecía del exilio se centró en predecir la restauración venidera de Israel

y en denunciar a los enemigos de Israel, la profecía posterior al exilio insinúa la existencia de facciones en competencia dentro de la comunidad israelita y puede haber tenido una intención polémica (Wilson, *Prophecy and Society*, 292; Lindblom, *Prophecy in Ancient Israel*, 410–11). Además, la profecía posterior al exilio se centra en el establecimiento del templo (p. ej., Hageo, Zacarías, posiblemente el llamado “Tercer Isaías” y partes de Jeremías; Lindblom *Prophecy in Ancient Israel*, 408).

La audiencia

Las profecías del período “preclásico” (siglos XI-IX a.C.) estaban dirigidas principalmente al rey o a los líderes militares. Las profecías podrían ser encargadas por un tercero interesado (1 Reyes 22; Jer 42:1–7). Los reyes y los líderes militares consultaban a profetas como Débora, Samuel y Micaías para saber si sus campañas serían favorables (p. ej., Jueces 4, 1Sm 28 y 1 Rey 22). Las Escrituras también registran a los profetas de este período actuando por iniciativa propia y confrontando al rey por su comportamiento pecaminoso (2Sm 12; 1 Reyes 21). Además, Jueces 4 registra a personas comunes que consultan a Débora. No está claro si estos profetas se reunían regularmente con figuras que no eran autoridades.

Durante los siglos VIII-VII a.C., el público objetivo de los profetas eran tanto los líderes como el pueblo, y este último se volvió más prominente. Los oráculos de estos profetas “clásicos” o “escritores” (Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce) estaban dirigidos a los líderes político-religiosos en su conjunto o a la nación de Israel en general, en lugar de directamente al rey. Según Walton, Matthews y Chavalas, su función “no era predecir tanto como asesorar sobre las políticas y planes de Dios” (Walton, Matthews y Chavalas, *IVP Comentario de antecedentes bíblicos*, 191). La característica más llamativa de los profetas en este período son las colecciones de oráculos de tamaño de libro atribuidas a profetas individuales, que dan lugar al nombre de “escrito del profeta”. Estos profetas también se denominan profetas “clásicos” y sus escritos abarcan el período del siglo VIII al VI (Walton, Matthews y Chavalas *IVP Comentario de antecedentes bíblicos*, 582).

La meta de la profecía

La profecía en Israel y el Antiguo Oriente Próximo tenía la intención de provocar una respuesta específica de la audiencia objetivo. Cuando Yahweh hablaba a través de sus profetas, generalmente buscaba suscitar:

1. arrepentimiento (Os 6:1–3; Joel 1:13–20)
2. confianza o consuelo renovados (Is 40)
3. una acción específica, como ir a la batalla (Jue 4) o no ir a Egipto (Jer 42)

Según Deuteronomio, la prueba de un verdadero profeta era si sus palabras se cumplían (Dt 18:21–22). Si una profecía era incierta, el rey podía encargar una segunda opinión y esperar a ver qué profeta estaba en lo cierto (por ejemplo, 1 Reyes 22). La mayoría de las veces, la etiqueta “verdadero” o “falso” se aplicaba a un profeta de forma retrospectiva (p. ej., Jer 14:14).

Luis Alonso Schökel, «PRESENTACION», en *La biblia como palabra de dios: Introducción general a la Sagrada Escritura*, 10^a edición (Bilbao: Desclée de Brouwer, 1998), 71.3. *Los profetas pre-exílicos*

Sobre los dos tramos del Israel dividido velaron hombres nuevos y extraordinarios, los *Profetas*, de los que el mundo —al decir de Hb 11:33–38— no era digno. Heraldos de Dios y de las radicales exigencias del Pacto, los profetas permanecen «aferrados» a Dios y son enviados por Dios a Israel para ponerlo en guardia contra la ruptura del Pacto, para amenazarlo, lanzarle un «ultimatum». A la luz de la historia de salvación del pasado, ellos interpretan el presente, el *hoy* de su propia historia. Como el centinela de isaiana memoria (cfr Is 21:11–12), el profeta tiene la misión de anunciar la noche tenebrosa (el juicio), pero también las primeras luces del alba (la salvación). El Pacto puede ser quebrantado por Israel, pero la promesa de Dios permanece porque es indefectible. La mirada del profeta se dirige al horizonte lejano de la salvación futura, hasta la salvación mesiánica.

Elías y *Eliseo*, profetas no escritores, predicaron en el Norte. Las palabras y gestos de estos dos profetas las podemos leer en el libro primero y segundo de los Reyes: un gran fresco

literario, el «ciclo de Elías» (*1R 17–22; 2R 1–2*), un libro apasionante de «Florecillas», y el «ciclo de Eliseo» (*2R 2:19; 8:15*).

A partir del siglo VIII, hasta el destierro de Babilonia, las voces de los *Profetas escritores* se derraman como ríos de lava incandescente sobre la historia de Israel. Al Norte *Amos* y *óseas*; al Sur *Isaías* (*Is 1–39*) y *Jeremías* entre los profetas «mayores», *Miqueas*, *Sofonías*, *Nahum*, y *Habacuc* entre los «menores». Estos profetas pronunciaron oralmente sus oráculos, a veces los pusieron por escrito. Pero, en general, los libros actuales de los profetas son obra de discípulos y redactores, que fueron recogiendo sucesivamente los oráculos del Profeta maestro.

A lo largo del siglo VII se pone por escrito la parte central del actual *Deuteronomio* (*Dt 12–26*, el llamado «código deuteronómico»), que representa la *Torah* de Moisés sobre la base de antiguas tradiciones algunas ya escritas, y a la luz de la teología predicada por los profetas. La idea central es la de la Alianza, don gratuito de Dios y al mismo tiempo llamada que exige fidelidad responsable por parte de Israel en la vida y en la historia. Israel está a salvo, es decir, goza de la tierra que Dios le ha otorgado, mientras permanece fiel al Pacto; pero en cuanto Israel cae en la infidelidad, las maldiciones de la Alianza comienzan a producir su efecto y la ruina se abate sobre Israel. Las etapas de esta ruina progresiva son: la división de los dos reinos (931), la caída de Samaría y del reino del Norte (721) la caída de Jerusalén, el final del reino de Judea y el consiguiente exilio a Babilonia (587). Esta es la teología que inspirará la *obra deuteronomista* (como la llaman los críticos), que comprende los libros de *Josué*, *Jueces*, I y II de *Samuel*, I y II de los *reyes*. La larga historia desde la ocupación de la tierra hasta el exilio en Babilonia es repensada y luego redactada de acuerdo con las categorías de la interpretación de la historia típicas del *Deuteronomio*, sobre la base de anteriores tradiciones orales y escritas y de documentos oficiales de archivo. La obra deuteronomística pudo ser compuesta hacia mediados del siglo VI, durante el exilio babilónico: una especie de balance después de la catástrofe.